

Carlos Meléndez / Alberto Vergara
Editores

LA INICIACIÓN DE LA POLÍTICA

El Perú político en perspectiva
comparada

Capítulo 5



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

La iniciación de la política
El Perú político en perspectiva comparada
Carlos Meléndez y Alberto Vergara (editores)

© Carlos Meléndez y Alberto Vergara, 2010

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2011

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Foto solapa: Paulo Drinot

Primera edición: noviembre de 2010

Primera reimpresión: julio de 2011

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2011-08844

ISBN: 978-9972-42-942-2

Registro del Proyecto Editorial: 31501361101548

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

¿CÓMO ESCAPAR DEL FATALISMO DE LAS ESTRUCTURAS? MARCO PARA ENTENDER LA FORMACIÓN DEL SISTEMA DE PARTIDOS EN EL PERÚ

Carlos Meléndez¹

1. EL CONTINUUM TEÓRICO

Imaginemos un continuo². En un extremo se encuentran aquellos que sostienen que los sistemas de partidos se forman fundamentalmente «desde abajo». Es la sociedad y sus conflictos los que a través de sus clivajes modelan los ejes del alineamiento político. Los partidos como reflejo de los «clivajes sociales» (Lipset & Rokkan, 1967), líneas de división generadas por intereses sociales, políticos, económicos y culturales discrepantes (Kitschelt, 2007), que perduran en el tiempo, con capacidad, inclusive de «congelarse». En el otro extremo, se encuentran quienes consideran que los sistemas de partidos son fundamentalmente formados por procesos políticos. Son los factores políticos en general y las élites políticas en particular los que dan forma a los clivajes y a los ordenamientos políticos (Przeworski & Sprague, 1986). En el primer extremo, digamos izquierdo, el peso explicativo de los sistemas de partidos está en la estructura social, en los clivajes que históricamente han modelado las sociedades desde la formación del Estado Nación: centro versus periferia, separación y autonomía entre Iglesia y Estado, clases sociales o ciudades versus el campo. Para ponerlo en lenguaje económico, esta esquina privilegia la demanda. En el otro extremo, digamos derecho, es la agencia política la que permite explicar la formación de las alineaciones políticas. La interacción entre los partidos políticos, las plataformas electorales, los discursos políticos y las políticas públicas son determinantes al momento de generar clivajes (inclusive de clase) a partir de los cuales se ordena el sistema de partidos. Para seguir con la metáfora económica, esta otra esquina privilegia la oferta.

¹ Agradezco a George Bedoya por su colaboración en la elaboración del Índice de Profesionalización Política. Asimismo los comentarios de Rafael Roncagliolo, Romeo Grompone, Eduardo Dargent y Laura Wills a versiones preliminares de este texto.

² La idea del continuo fue discutida en el curso sobre partidos y sistema de partidos que dirige Scott Mainwaring en la Universidad de Notre Dame.

Lipset y Rokkan, en la obra mencionada, proveen el marco teórico en el que se basa este enfoque de influencia parsoniana. De acuerdo con ellos, las divisiones enraizadas en la sociedad como clase, religión, etnicidad, región y locación urbana o rural han sido en Europa las principales fuerzas conducentes detrás de la aparición de los clivajes. Las explicaciones políticas tienen un rol secundario, ya que consideran que el motor fundamental de la formación de los clivajes es sociológico. Es más, una vez que el clivaje ha hecho su aparición política, tenderá a permanecer estable largo tiempo, a «congelarse», inclusive cuando el conflicto original ha desaparecido.

Los seguidores de esta perspectiva minimizan el alcance de los factores políticos y los consideran tan solo «incidentales» (Valenzuela & Scully, 1997). De acuerdo con esta vertiente, los factores políticos tales como disputas en torno a liderazgos, decisiones de élites políticas, reformas institucionales o leyes electorales, por citar algunos ejemplos, tienen poco o casi ningún impacto en la generación de estas divisiones políticas perdurables; por lo tanto, son las rupturas estructurales asentadas por la historia las que realmente modelarían la competencia política entre partidos. La movilización política y la organización de sectores de la sociedad de acuerdo con estos clivajes dan forma a la esfera política. Axiomáticamente se da por sentado el peso fundamental que tendrían las estructuras. Para ponerlo en términos metodológicos, los partidos y el sistema de partidos vendrían a ser la variable dependiente.

Przeworski y Sprague, en cambio, consideran que los factores políticos tienen la capacidad de formar las divisiones políticas que modelan los sistemas de partidos. Estos autores son conscientes de las condiciones sociales y culturales en la creación de clivajes, pero ponen el énfasis en la política como la responsable de crear, transformar y profundizar específicos conflictos sociales y económicos determinantes para el sustento de ordenamientos políticos. Si bien para la perspectiva sociológica el rol de las organizaciones intermedias es fundamental para entender cómo los clivajes dan forma al sistema político, para Przeworski y Sprague la ausencia de estos intermedios en la formación del sistema político ayuda precisamente a explicar el alcance de las élites y de los líderes políticos en la formación de las grandes divisiones políticas. Como se entiende, bajo este punto de vista, la política es la variable explicativa de los conflictos sociales que existen en la sociedad y el peso de la explicación se encuentra en la agencia política. Este enfoque cuestiona el determinismo de las estructuras sociales, «congeladas» a través de los años, y es la vía de escape que planteamos para no quedar capturados por el fatalismo y el sino de la mano invisible de la historia³.

³ Evidentemente, existen puntos intermedios dentro del continuum que presentamos, que ponen énfasis en la autonomía del sistema de partidos *vis-a-vis* la explicación sociológica. Digamos que es menos estructural y más política. Por ejemplo, Bartolini & Mair (2007) argumentan que un clivaje tiene tres

2. MEMORIOSOS Y FATALISTAS: EL PESO DE LAS ESTRUCTURAS EN EL ANÁLISIS DEL SISTEMA DE PARTIDOS EN EL PERÚ

El análisis y las explicaciones del sistema de partidos peruano y el comportamiento del electorado peruano han privilegiado las aproximaciones estructurales e histórico-institucionales cediendo poco valor a las perspectivas que ponen el énfasis en las instituciones y en las decisiones de los actores políticos. Cotler (1988), López (1997), Lynch (1999) y, en alguna medida Vergara (2007), conscientemente o no, emplean este tipo de argumentación en sus respectivos análisis.

A lo largo de su valiosa producción, Julio Cotler ha privilegiado el peso de la historia para entender comportamientos políticos, inclusive en contextos coyunturales. *Clases, Estado y nación en el Perú* (Cotler, 1978) expresamente se inscribe en esta línea de razonamiento. Pero cuando intenta una explicación más precisa sobre la formación de las identidades políticas (Cotler, 1988), considera que son los jefes partidarios carismáticos a través de la integración segmentaria de sectores sociales los que han dado formas a las configuraciones partidarias en el siglo XX peruano. Sin embargo, el peso principal de su explicación se da en clave de determinismo histórico. La competencia política se explica tomando en consideración una matriz estructural, la cual ha conducido a alternativas autoritarias y democráticas. Precisamente este tipo de razonamiento, lo lleva a afirmar (Cotler, 1995) que dada la inestabilidad de los enclaves sociales de los partidos, en el Perú sencillamente no existió nunca un sistema de partidos al no existir vínculos establecidos y sólidos con organizaciones intermedias.

Sinesio López (1997) desarrolla una interpretación que se inscribe dentro de esta misma línea. Según López, las incursiones democratizadoras de las clases medias y populares en el Estado oligárquico en crisis son las que han modelado a los partidos. Para López son las «fuerzas sociales», expresadas a través de la emergencia organizada de sectores sociales confrontados con el sistema oligárquico explican la configuración partidaria en el siglo XX. La emergencia de los partidos políticos —el APRA, AP, Izquierda Unida, respectivamente— son el resultado de la expresión de distintos conflictos sociales que estallaron a lo largo del siglo XX a partir de sucesivas rupturas con la oligarquía: el aprismo en los treinta, el acciopopulismo a mediados de siglo con la emergencia de la industrialización urbana y la izquierda hacia fines de los setenta con la inclusión de las «mayorías» al sistema político.

elementos: una base estructural, valores políticos de los grupos involucrados y una articulación política. Sin embargo, para fines del debate presentamos principalmente los dos extremos.

Aunque Nicolás Lynch (1999) señale que busca una posición intermedia entre la estructural y la de los actores políticos, termina adscribiendo la primera, ya que al hablar de la historia de los partidos termina delineando una suerte de evolución de la estructura social. Es decir, busca explicar a los partidos en la historia de los clivajes sociales y no bajo una perspectiva que dé mayor capacidad de agencia a las élites como sería su dinámica electoral (la que denomina peyorativamente «la ilusión electoral»). Por eso mismo, entiende la crisis de los partidos políticos en 1992 como el fin del ciclo histórico originado en 1930. Lynch expresamente adscribe la posición de Lipset y Rokkan, y coincide en «la importancia de ubicar a los partidos políticos como expresión o traducción de una fractura o clivaje histórico estructural específico que motiva un conflicto también estructural con capacidad de expresarse políticamente» (Lynch, 1999, p. 52). Ello le lleva a vaticinar erróneamente el fin de los «partidos tradicionales» como el APRA, hoy en el poder.

Finalmente, Alberto Vergara (2007) explica los resultados electorales de 2006 como el resultado de un solo clivaje que recorre el siglo XX peruano. Partiendo de dos ejes posicionales: institucional (ley versus discrecionalidad), y económico (librecambismo versus intervención estatal), construye «una sola gran dicotomía» y los candidatos presidenciales terminan representando la posición estado-nacional (los que se encuentran bajo el paradigma del Estado Nación) y post estado-nacional, que constituyen divisiones primarias, la única diferencia posible, «un solo gran cleavage» (Vergara, 2007, p. 100). Los electores, de acuerdo con Vergara, terminan decidiendo sus preferencias según la situación en que se encuentran frente al Estado-nación. Aunque el análisis de Vergara busca explicar los alineamientos del electorado (y no el sistema de partidos en su conjunto), los partidos (o los candidatos) terminan reflejando las posibilidades dispuestas a partir de esta cortapisa. La diferencia con los demás autores es que el clivaje «Estado-Nación» identificado por el autor ha sido el producto tanto de procesos históricos y estructurales como de la intervención de las élites políticas para dar forma a esta división (sobre todo en la coyuntura de la campaña electoral de 2006). Es una producción mixta, compartida, aunque no queda claro cuán autónomos pueden ser las élites de su determinismo.

Pero en general estos cuatro autores tienen en común el peso que le dan a las estructuras sociales, las cuales terminan solidificándose o «congelándose» a través del paso de los años, mediante el peso de la historia. Los partidos y las propuestas políticas (incluidos *outsiders* como Ollanta Humala en 2006) acaban expresando los clivajes sociales, por lo que las opciones políticas se ordenan en torno al determinismo que proponen las estructuras, ya sean éstas producto de la lucha de clases (Cotler), de sucesivas pugnas antioligárquicas (López), de ciclos históricos (Lynch) o de la posición del electorado frente al Estado-Nación (Vergara). Las opciones políticas

intermedias (sindicatos, gremios, asociaciones ciudadanas) que cumplan el rol de intermediación y representación de los ciudadanos con las élites políticas. Solo es posible traducir las demandas sociales a través de este nivel intermedio que asienta el sistema de partidos. Donde las organizaciones intermedias son débiles o carecen de la eficiencia de intermediación, se considera que no existe un sistema de partidos.

Permanencia en el tiempo. Dado que los clivajes sociales emergen políticamente luego de un efecto de «congelamiento», se espera una configuración de partidos con larga permanencia en el tiempo, la cual no se condice con los altos niveles de volatilidad que existen no solo en el Perú, sino en países con democracias jóvenes. Por lo tanto, no existe un sistema de partidos si los actores políticos no se asientan de manera permanente. De esta manera, la permanencia efectiva de partidos políticos por un período de doce años (1980-1992) puede ser interpretada (como lo es) como una configuración partidaria simple que no llega al estatus de sistema de partidos (Lynch, 1999; Cotler, 1995).

Kitschelt (2007) introduce una distinción pertinente para comprender los alineamientos políticos en sistemas poco institucionalizados. Además de los clivajes sociales (divisiones perdurables en el tiempo) se pueden identificar divisiones ideológicas, políticas y competitivas de menor duración en el tiempo. Los clivajes son absorbentes y los individuos encaran obstáculos para entrar y salir de las categorías «congeladas» a las que pertenecen. Las divisiones políticas, aunque de menor permanencia en el tiempo, permiten comprender cierta elasticidad en la formación de las preferencias partidarias. En la práctica, los sistemas menos institucionalizados se ordenan alrededor de divisiones partidarias, ideológicas o inclusive de competencia política. En este sentido algunas enraizadas identificaciones partidarias pueden ser más importantes y trascendentales para entender los alineamientos políticos. Hasta cierto punto, por ejemplo, podemos considerar al aprismo (y por lo tanto al antiaprismo) como una división partidaria que no refleja un clivaje social, pero sí una división política que trasciende determinismos de clase social y de posición ideológica. El fujimorismo y el antifujimorismo pueden constituirse en otra división política que puede constituirse como significativa, aunque su permanencia como división efectiva (a diferencia del aprismo) podría ser menor.

La línea argumentativa basada en clivajes estructurales prácticamente «condena» a las evaluaciones de países de alta volatilidad electoral, como el Perú, a caracterizar la ausencia de sistema de partidos y, por lo tanto, restar atención a los ordenamientos políticos efectivamente existentes basados en demandas que sí se mantienen. El enfoque estructural requiere identificar exigentes «requisitos» como son la estructuración sistémica solo sobre la base de clivajes sociales asentados por la historia, que impliquen una alta movilización social y organizaciones intermedias que transmitan

las demandas sociales y que perduren por largos períodos temporales; cuando quizás los ordenamientos políticos son de menor alcance, y por lo tanto, los diagnósticos pueden ser desacertados por no enfocarse en divisiones más inmediatas. Es decir, el analista que suscribe este enfoque interpretativo considera al ciudadano (o elector) como un sujeto memorioso cuyas decisiones están plagadas de una herencia histórica y social que está por encima de su voluntad individual. Por lo mismo, el análisis resulta fatalista, en una suerte de confirmación cotidiana de la historia, sin posibilidad de escapar a ella cuando, por el contrario, identificaciones partidarias (*i.e.* aprismo) o personalistas (*i.e.* fujimorismo), o la adscripción a determinadas plataformas electorales (*i.e.* nacionalismo) pueden ser divisiones más efectivas para entender los alineamientos políticos.

Planteemos una pregunta que nos conduzca a explicaciones alternativas. ¿Es posible pensar a los partidos y a los sistemas de partidos como configuraciones distintas que no se originan en clivajes sociales? ¿Tienen las élites políticas capacidad de modelar el escenario político y dar forma a las disputas políticas en términos de clivajes sociales o bajo otras divisiones más políticas y menos sociológicas? ¿Existe una agencia política capaz de equilibrar el peso de las estructuras y de la historia? Consideramos que, sin dejar de lado el valor explicativo de las estructuras, es posible pensar en configuraciones partidarias a partir de la agencia política, como lo han demostrado Tuesta (1999) y Tanaka (1998), quienes analizan el sistema de partidos 1980-1992 siguiendo la lógica sartoriana del número de competidores (Tuesta) y de acuerdo con su desempeño en las distintas arenas de la competencia política (Tanaka). Sin embargo, esta línea explicativa tiene virtudes que no han merecido suficiente atención y que utilizaremos para analizar los recientes alineamientos políticos en el Perú. Nuestra apuesta es utilizar complementariamente un enfoque teórico que nos permita pensar en partidos más «ligeros», sin el peso de la historia a cuestas y relativizando el peso de las estructuras, ya que en una sociedad tan compleja como la peruana (y las andinas en general) no podemos circunscribirnos al determinismo de ellas.

3. EL ENFOQUE DE LA AGENCIA POLÍTICA

Consideramos enriquecedor el enfoque que se construye sobre la base de la argumentación de Przeworski y Sprague, y Sartori (1969) en el énfasis de la agencia política en la formación y cambios del sistema de partidos. Los factores políticos, tales como los discursos de las élites políticas, las plataformas electorales y el diseño de políticas públicas contribuyen significativamente a la formación de las preferencias políticas y culturales de los electores. Los procesos políticos contribuyen a la creación o

desaparición de las identidades políticas. Según este supuesto, no existe un clivaje particular que necesariamente domina un sistema de partidos. Por el contrario, los clivajes pueden ser en sí mismos el resultado de la lucha política.

Este enfoque permite analizar la lógica de la formación de clivajes sociales y de los sistemas de partidos desde la política y no como reflejo de las estructuras, ya que supone la capacidad de los actores políticos en construir identidades políticas y dar forma a preferencias políticas a través de discursos y el diseño de políticas. Así por ejemplo, luchas entre posiciones autoritarias y cambios democráticos, discursos nacionalistas opuestos al resto, políticas de descentralización enfrentadas a un conservadurismo centralista, entre otros, terminan siendo las disputas políticas que alinean a los actores en torno a estos ejes. Es decir, las identidades políticas y las preferencias políticas pueden formarse a través de «líneas divisorias» no determinadas por las ubicaciones sociológicas de los actores, sino que por el contrario pueden formarse por legados y experiencias políticas. Como consecuencia, los electores pueden adscribir ciertas preferencias partidarias no necesariamente porque cierto partido lucha por las reivindicaciones sociales y culturales de determinado grupo social, sino porque la propia experiencia política forja memorias colectivas e identidades políticas. En ese sentido, la propia competencia política, las estrategias electorales adoptadas por las élites y las plataformas electorales y las políticas públicas ayudan a formar estos lazos políticos, ya sea a través de memorias, identidades o simples preferencias.

Mainwaring & Torcal (2002) suscriben la aproximación política. A partir de un análisis del caso chileno, consideran que para entender el sistema de partidos en América Latina es necesaria una mirada al lado de la «oferta» de los partidos. Demuestran que la política puede recrear identidades sociopolíticas, polarizando y difuminando los potenciales conflictos sociales, y a la vez pueden alterar la naturaleza de los conflictos sociales a través de las políticas adoptadas por el gobierno. A pesar de que no niegan que la relación entre los factores políticos y el contexto social es compleja, subrayan el papel de la política en dar forma a los sistemas de partidos, como es el caso de la pugna entre los continuadores del legado pinochetista y los promotores de los cambios democráticos a partir del referéndum chileno de octubre de 1988 que diera pie a la formación de los bloques de la Alianza y de la Concertación, y ya no el clivaje religioso que alineaba anteriormente a los partidos chilenos en liberales y conservadores.

Evidentemente, sociedades complejas y sobre todo de interrumpida historia democrática como las latinoamericanas (con altos niveles de volatilidad y de fragmentación políticas) no pueden entenderse con sistemas de partidos que solamente obedezcan a los clivajes sociales tradicionales. Existen más «rupturas» que las clasistas que han generado precisamente los cambios sucesivos en las configuraciones

partidarias en los últimos años. Los legados autoritarios (de dictaduras militares o autoritarismos competitivos), la emergencia y la politización del discurso indígena, las reformas políticas postajuste, el crecimiento de discursos políticos de izquierda, entre otros, tienen una influencia en las configuraciones partidarias que exceden el impacto de las tradicionales divisiones basadas en clases sociales o en divisiones sobre la relación entre el Estado y la Iglesia.

Además, una característica de algunos sistemas políticos latinoamericanos —como el peruano— es la ausencia o debilidad de organizaciones intermedias («sociedad civil organizada») que termine dando forma a los clivajes sociales (requisito fundamental de acuerdo con los planteamientos de Lipset y Rokkan). Chiebbber & Torcal (1997) consideran que, precisamente, en escenarios donde las organizaciones intermedias son más débiles, existe mayor margen de maniobra para las élites políticas para diseñar los clivajes que componen la competencia interpartidaria. Contextos post dictaduras (como el caso español post Franco, que analizan) son claros ejemplos de esta situación, la cual podría emplearse para analizar el caso peruano donde por otras razones, el entramado social es débil, y por lo tanto, las élites tienen mayor capacidad de formar la arena política.

¿De qué manera en el Perú se puede demostrar el rol de la agencia política en la formación de clivajes políticos que sostengan configuraciones partidarias? La siguiente sección de este capítulo analizará el rol de los actores políticos post-transición del fujimorismo en la definición de los nuevos alineamientos políticos y cómo las reformas políticas (descentralización y ley de partidos) han impulsado nuevos ordenamientos políticos y han dado forma a divisiones políticas que tienen posibilidades de asentarse en el mediano plazo.

4. EL ROL DE LAS REFORMAS POST-TRANSICIÓN EN LA FORMACIÓN DE NUEVAS DIVISIONES POLÍTICAS (PERÚ: 1998-2006)

Luego del dominio del fujimorismo sobre el sistema político peruano (1990-2000), los viejos partidos (APRA, PPC, AP) retornaron al escenario político con significativas posibilidades de reconstruir un sistema partidario. Charles Kenney (2002) da cuenta del retorno de los «viejos conocidos» en las elecciones nacionales de 2001, lo que se hace consistente en las elecciones subnacionales de 2002 (que por primera vez incluyó la elección de gobiernos regionales). Si bien es cierto, los denominados «partidos tradicionales» no recuperan el respaldo conjunto que tuvieron en la década del ochenta (97% del electorado en 1985 y 68% del electorado en 1990), aglutinan alrededor del 50% de las preferencias (43% en las elecciones generales de 2001 y 55% en las elecciones generales de 2006) luego de haber caído a menos del 10%

durante el período fujimorista. Es el Partido Aprista alrededor de cuyo desempeño electoral se centra la recuperación y el regreso de los actores del sistema que gobernó el país en los ochenta.

El retorno de los partidos «tradicionales» responde a la apertura de la competencia política luego de la caída del gobierno fujimorista. El gobierno de transición de Valentín Paniagua (2000-2001), quien asumió la Presidencia de la República como presidente del Congreso luego de la renuncia de Alberto Fujimori, inició un proceso de reformas que tenían como objetivo la democratización del régimen político. Los contextos de apertura política son los más apropiados para iniciar procesos de reforma política. Dado que se abre la competencia política y ante el vacío dejado por el fujimorismo (que no presenta candidaturas ni accede a la representación en las elecciones de 2001), los partidos políticos (entendidos como «actores»), cuentan con los incentivos para cooperar en una reforma política («bien público») de la que consideran tienen iguales posibilidades de beneficiarse. Cuando el sistema político es dominado por una sola fuerza, el actor en el poder (teniendo como premisa una lógica racional) prefiere mantener el *status quo*. Pero como en este caso, el poder se encuentra distribuido pluralistamente, se generan los incentivos para la reforma (Geddes, 1994). Existían los incentivos suficientes para la cooperación entre actores, y suficientes razones para confiar en posibles beneficios. Sin embargo, el paquete de reformas democráticas que se acordó no obtuvo los resultados esperados (fortalecimiento de los partidos existentes, reducción del número de partidos, disminución de la volatilidad, etcétera), pero sí fue vital para el delineamiento de las nuevas divisiones políticas en el país.

4.1 El efecto de las reformas

Dentro del conjunto de reformas, dos apuntaban directamente al enraizamiento territorial de los partidos y su institucionalización como intermediarios políticos legítimos. La primera consistía en la elección de autoridades políticas en las jurisdicciones regionales (subnacionales), que por primera vez se elegirían por voto popular directo. La segunda impulsaba, entre otros aspectos, una relación más estrecha entre las organizaciones políticas con la ciudadanía, a partir del reforzamiento obligatorio de los vínculos partidarios en la sociedad. De este modo, a partir de la primera reforma (la descentralización) se crea una arena política regional, competitiva y abierta, la cual los partidos que impulsan la reforma asumen como conveniente para obtener una mayor presencia en las regiones y crear patrones de carrera política para sus militantes. A partir de la segunda (la ley de partidos políticos) se busca una presencia más localizada de las organizaciones políticas en todo el territorio nacional, precisamente

luego de que el fujimorismo había demostrado la debilidad de la presencia estatal en localidades marginales.

La confluencia de estas reformas y del «retorno» de los partidos políticos va a generar las bases del nuevo alineamiento político del país. El futuro del sistema de partidos dependerá, en gran medida, de los marcos institucionales establecidos por el acuerdo de los actores políticos que impulsan la transición postfujimorista. Es a través de estas reformas que se trazan los términos de las nuevas divisiones políticas que sustentarán los alineamientos correspondientes.

Previamente a la aplicación de las reformas, existían las expectativas de la conformación de un sistema de partidos con cierta capacidad de enraizamiento en el país. Aunque estas posibilidades no han desaparecido del todo, las reformas políticas, específicamente las dos primeras, las han perjudicado. La descentralización creó una arena política regional (nivel intermedio) sin una previa presencia de los partidos en esta esfera y sin prever la magnitud de la emergencia de actores políticos regionales (movimientos regionales) (Meléndez, 2005). Por su parte, la ley de partidos políticos constituyó una exigencia asimétrica de establecimiento de comités partidarios, con altos requisitos para los partidos nacionales y casi ninguna regulación para los movimientos regionales.

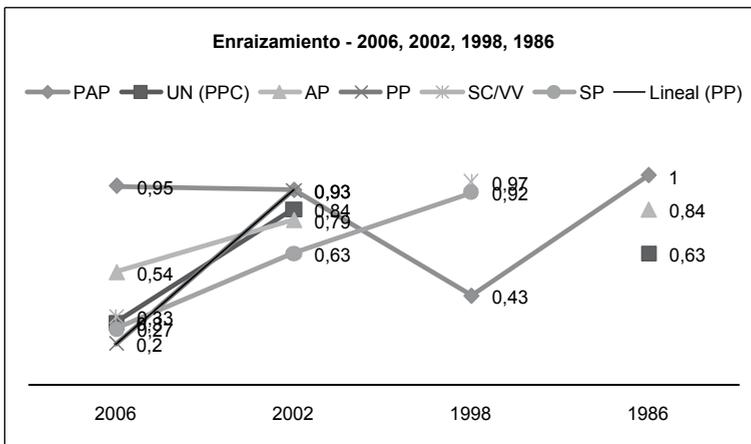
Coincidiendo con otras demostraciones (Vergara, 2009), estas reformas terminaron perjudicando a los propios partidos nacionales que las impulsaron, lo cual podremos corroborar a través de indicadores que miden el enraizamiento y la territorialización de las organizaciones políticas. La emergencia de una arena política intermedia y la exigencia diferenciada para partidos nacionales y movimientos regionales para «enraizarse formalmente» en el territorio han generado los nuevos términos de la división política entre partidos nacionales cuyo éxito electoral (APRA y secundariamente Unidad Nacional) depende de una estrategia de focalización territorial en algunas regiones específicas del país (particularmente la costa), y el abandono paulatino, en los hechos, de sus pretensiones de partidos nacionales; y por el otro lado, organizaciones políticas de alcance regional, sin capacidad de agregación, que no logran incorporar los intereses de las provincias intermedias y zonas rurales.

4.2 Estrategias territoriales de los partidos políticos nacionales

Para medir la presencia territorial de las organizaciones políticas hemos creado un *Índice de Enraizamiento Territorial* (IET) que mide la capacidad que tienen los partidos nacionales de presentar candidaturas provinciales en las 196 provincias divididas en 24 regiones a lo largo del tiempo. Acotamos la presencia territorial de los partidos a una de sus funciones: la electoral. Si bien es un indicador sobre todo de la capacidad

que tienen estas organizaciones de competir en elecciones y no necesariamente del nivel orgánico de estos partidos en las localidades, consideramos que es una buena aproximación a la extensión de los vínculos partidarios, en tanto implica un mínimo nivel de organización y movilización políticas en torno a campañas electorales.

El IET se calcula como la proporción de candidaturas presentadas a alcaldías provinciales sobre el total de jurisdicciones disponibles por región. Al calcular este índice para las elecciones de 2002 y de 2006 (así como 1998 y 1986 como referencia para algunos partidos), se evidencia que en las dos últimas elecciones la capacidad de enraizamiento de todos los partidos políticos (salvo el APRA) cae considerablemente. Los partidos nacionales se encuentran menos enraizados en 2006 en comparación con el nivel de penetración que alcanzaron en 2002⁴.



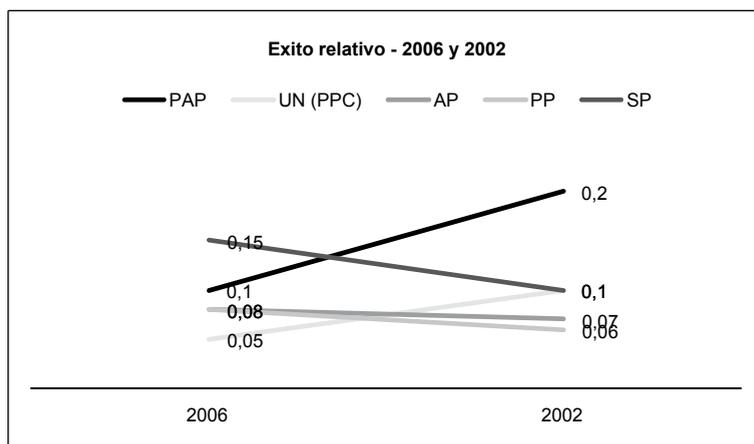
Fuente: ONPE. Agrupaciones políticas: PAP (Partido Aprista Peruano), UN (Unidad Nacional), AP (Acción Popular), PP (Perú Posible), SC/VV (Fujimorismo), SP (Somos Perú). Elaboración propia.

Aparentemente, el APRA es el único partido que cuenta con un nivel de enraizamiento sólido, casi a la altura de sus mejores desempeños (1986). Precisamente en esta capacidad de presentar candidaturas en casi todo el país, estarían sus ventajas en comparación con el resto. Sin embargo, este índice de enraizamiento debe ser interpretado conjuntamente con su capacidad efectiva para ganar elecciones ahí donde los partidos presentan candidaturas.

De este modo, también trabajamos un Índice de Éxito Relativo (IER), calculado como la proporción de alcaldías provinciales ganadas, sobre el número de provincias donde se presentó candidaturas, por jurisdicción regional. La comparación entre los

⁴ Más adelante veremos las razones de estas variaciones.

partidos nacionales más enraizados (PAP y UN) y los demás da cuenta que el primer grupo es el que más arriesga (por el número alto de candidaturas que presenta a nivel nacional), pero que su éxito electoral es menor y que, sobre todo, ha disminuido en el 50% comparando las elecciones de 2002 con las de 2006. Por el contrario, estrategias más austeras (AP, PPC, SP) se han visto recompensadas con un incremento en el número efectivo de alcaldías ganadas.



Fuente: ONPE. Agrupaciones políticas: PAP (Partido Aprista Peruano), UN (Unidad Nacional), AP (Acción Popular), PP (Perú Posible), SP (Somos Perú). Elaboración propia.

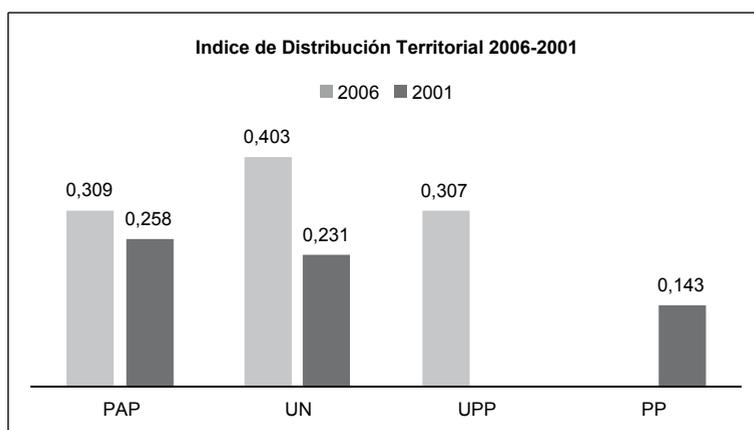
En conclusión, los partidos de mayor éxito electoral a nivel nacional (APRA, UN) han mantenido (en comparación con el resto), un alto índice de enraizamiento territorial en las elecciones de 2002 y de 2006, superior incluso en el caso del APRA en 2006 en comparación con 2002, pero ello no ha sido recompensado con victorias electorales. Por el contrario, los partidos nacionales APRA y UN experimentan un declive en su capacidad relativa de ganar elecciones provinciales, superados por estrategias más austeras como las de Somos Perú.

La ilusión de los comités provinciales (exigencia legal de la LPP) les lleva a crear el espejismo de un enraizamiento en teoría más amplio, pero que electoralmente implica un declive en términos de triunfos electorales. Mientras tanto, el incremento de movimientos regionales, promovido por la LPP, con mayor cercanía al electorado, les da mejores condiciones de competencia política en comparación con las fuerzas nacionales. Los partidos nacionales tienden a perder elecciones provinciales no necesariamente por la ineficiencia de sus candidatos, sino por la virtud de los opositores.

4.3 La estrategia de territorialización del APRA

Si el paquete de reformas ha sido tan perjudicial para los partidos políticos nacionales, entonces, ¿cómo así el APRA ganó las elecciones generales de 2006? Lo que queremos demostrar en esta sección es que las reformas anteriores: descentralización y LPP han motivado en los partidos que buscan el éxito electoral (como el APRA y UN) a perseguir estrategias de sobrevivencia que, antes que perseguir el enraizamiento genuino de sus organizaciones, los mueven hacia una tendencia de regionalización electoral. Las reformas obligan a aquellos partidos que quieren ganar las elecciones nacionales a hacer precisamente todo lo contrario de lo que supone el espíritu de estas normas: es decir, abandonar las pretensiones nacionales por las regionales. Así, la victoria presidencial del APRA, el éxito electoral relativo de UN (consolidado como una tercera fuerza política) e incluso la victoria de UPP en la primera vuelta de 2006 esconden un debilitamiento severo del enraizamiento nacional de la configuración partidaria que tiene consecuencias para la formación de un sistema de partidos. La tendencia a la subnacionalización de la representación partidaria, considero, se realiza sobre la base de un clivaje que no había sido determinante previamente y que divide al país entre las zonas urbanas costeñas más consolidadas, y el resto.

Para graficar la «territorialización» de los partidos nacionales, se calculó el Índice de Distribución Territorial (IDT), (Pachano, 2003), a los casos de las elecciones presidenciales de 2006 y de 2001. De acuerdo con este índice (calculado como la suma de las diferencias absolutas del porcentaje de la contribución de cada jurisdicción al electorado nacional entre el porcentaje de la votación partidaria en cada una de las jurisdicciones) aquellos partidos más cercanos a 0 son los que mejor distribución territorial tienen, mientras que los más cercanos a la unidad expresarían la mayor concentración de la votación nacional en una sola provincia. Aplicado este índice al caso peruano, vemos que el APRA y Unidad Nacional han empeorado su distribución territorial nacional comparando las elecciones de 2006 con las de 2001. El APRA ha pasado de 0,25 a 0,31 mientras que Unidad Nacional de 0,23 a 0,40. No solo eso, sino que además el ganador de las elecciones presidenciales de 2001 (PP) tuvo una mejor distribución territorial del voto comparado con el ganador de la primera vuelta de 2006 (UPP), que obtuvo una índice similar al aprista. Es decir que los que alcanzaron éxito electoral en el 2006 tuvieron que emprender estrategias de subnacionalización que disminuyeron su distribución nacional y que privilegiaron ciertas regiones en perjuicio de una presencia nacional.



Si analizamos cuáles han sido aquellas regiones donde el APRA y UN obtuvieron una votación proporcional mayor a la que correspondería en un modelo de distribución ideal, vemos una clara concentración de la votación aprista en la costa del país, especialmente en la costa norte (Piura, Lambayeque, La Libertad, Ancash) con incursiones específicas en otras regiones menores; mientras que en el caso de Unidad Nacional vemos la concentración de su votación en la capital de la república, principalmente.

Cuadro 1. Regiones con votación proporcional mayor a una distribución ideal (casos del APRA y UN, 2006 y 2002)

APRA		Unidad Nacional	
2006	2002	2006	2002
Piura	Piura	Tumbes	Tumbes
Lambayeque	Lambayeque	Lima	Lima
La Libertad	La Libertad	Callao	Callao
Ancash	Ancash	Arequipa	
Callao	Callao	Moquegua	
Ica	Ica		Cajamarca
Moquegua	Moquegua		Junín
	Tacna		
Pasco			
	San Martín		
	Madre de Dios		

De este modo, después de las reformas, los partidos nacionales entraron en un proceso de subnacionalización, abandonando pretensiones por enraizarse en todo el país y refugiándose, a pesar de las reformas emprendidas, en la costa y en la capital de la

república. La combinación de las reformas (la descentralización y la ley de partidos políticos) ha terminado alejando a los partidos nacionales de los escenarios regionales, dejando estos espacios a movimientos regionales aislados, sin vinculación entre sí, con sus propios problemas de representación⁵, aumentando la fragmentación del sistema de partidos, cada vez más limeño, más costeño, y menos nacional. Pero, ¿existe un patrón estructural en la forma cómo se han focalizado territorialmente estas organizaciones políticas? ¿O es que este patrón es el resultado exclusivo de las reformas políticas? ¿Una combinación de ambos?

5. ¿LA EMERGENCIA DE UN CLIVAJE SOCIAL?

La división emergente entre Lima y la costa urbana, por un lado; y las ciudades intermedias andinas y las zonas rurales por otro, posee obviamente bases estructurales, pero han sido las reformas políticas post-transición las que han terminado modelando esta división. En primer lugar, luego del paquete de reformas económicas de mediados de los noventa y del crecimiento económico intensivo basado en actividades de explotación de recursos energéticos de los últimos años, el Perú ha entrado en un proceso de desarrollo que ha privilegiado los centros urbanos costeros en desmedro de las ciudades intermedias y rurales del país. Esta división —entre otras posibles— podría o no ser decisiva en el ordenamiento de las preferencias electorales; pero las reformas políticas descritas han sido determinantes para el establecimiento de las cortapisas del nuevo ordenamiento político del país. Las presiones de las reformas, como hemos visto, han influido de dos maneras: 1) exigen un enraizamiento nacional a las organizaciones políticas que estas solo pueden cumplir parcialmente; 2) al hacerlo focalizan sus estrategias electorales en determinadas zonas del país. Este proceso no se logra por azar. Se basa en condiciones y sustentos estructurales, activa divisiones que anteriormente tenían peso político secundario (división urbano/costeño versus andina/rural) y constituyen un clivaje emergente que está en la base del nuevo ordenamiento político del país.

Sin embargo, las decisiones de los actores (*i.e.* reformas políticas) no solamente influyen activando determinados clivajes (lo cual ya demuestra su capacidad de modelar y alterar el sistema político); sino que además los modelan políticamente. El clivaje urbano/costeño versus rural/andino (que ya de por sí el resultado de reformas políticas) pasa por una segunda influencia de los actores políticos: la estrategia

⁵ De acuerdo con Tanaka (2009), solo cinco movimientos regionales lograron ganar en más del 45% de las provincias de la región, unos seis ganaron en un tercio, mientras que 13 ganaron en menos del 25%. Tanaka concluye: «así como los partidos nacionales muestran graves carencias en las regiones, los movimientos regionales los muestran en las provincias» (p. 13).

de determinados partidos de buscar su enraizamiento de acuerdo con los niveles de profesionalización de la clase política local. El emergente ordenamiento político es el resultado no solo de este clivaje emergente, sino de las facilidades y dificultades que enfrentan los partidos políticos (especialmente el APRA) para asentarse políticamente en determinadas provincias (Lima, la costa norte; pero también provincias rurales de Arequipa, Cajamarca, Pasco, por dar algunos ejemplos). Ello no depende exclusivamente de determinantes estructurales (urbano/rural), sino del nivel de profesionalización de la clase política existente en cada provincia. Esta última variable política es el último paso en la configuración de la división política emergente en el país, la cual incluiremos en la última parte del análisis.

Para poner a prueba este argumento, y tomando como unidad de estudio las 196 provincias del país, realizamos un análisis estadístico basado en correlaciones entre las preferencias electorales de los últimos comicios presidenciales (2006) con algunas variables socioeconómicas como son el Índice de Desarrollo Humano (IDH), la tasa de ruralidad a nivel provincial (RUR), el porcentaje de población con acceso a energía eléctrica por provincia (ELEC) y un índice de acceso a vías de comunicación por provincia (CAR). En todos los casos, los valores están ordenados ascendentemente en una escala del 0 al 1.

El análisis de correlaciones lineales tiene obviamente sus límites, ya que solo muestra el nivel y el signo de la asociación entre dos variables, en este caso entre el voto por los candidatos presidenciales del APRA (Alan García), Unidad Nacional (Lourdes Flores) y Unión por el Perú (Ollanta Humala) con cada una de las variables socioeconómicas que hemos señalado⁶. De acuerdo con los resultados obtenidos, encontramos que los resultados electorales de las candidaturas de Unidad Nacional y UPP obedecen en cada caso a un patrón coherente en sí mismo. En el caso de la candidata Lourdes Flores (UN), su respaldo electoral está relacionado positivamente con el IDH (0,45), con el nivel de urbanidad de las provincias (0,47), con el acceso a servicios eléctricos (0,36) y con el acceso a vías de comunicación (0,25). En el caso del candidato Ollanta Humala (UPP), la tendencia es totalmente distinta. Aunque la correlación estadística es de menor fuerza que el caso de Flores, su votación electoral está asociada negativamente con el IDH (-0,37), con el acceso a servicios eléctricos (-0,15) y con el índice de acceso a carreteras (-0,11). Su asociación es positiva con la tasa de ruralidad de las poblaciones (0,26). Es decir, las mejores condiciones de vida, el porcentaje de población viviendo en agregados urbanos, la conexión territorial y el acceso a energía eléctrica están asociados positivamente con la votación por

⁶ Evidentemente, este análisis estadístico es preliminar y debe ser completado con análisis de regresión lineal. Por lo tanto, los resultados que alcanzamos deben ser tomados como preliminares y como parte de una investigación más completa.

Lourdes Flores y negativamente con la de Ollanta Humala. Si bien la fuerza de las asociaciones en ambos casos no supera el 0,5 (por lo que no podríamos hablar de un determinismo estricto de clases sociales), muestra al menos una tendencia coherente importante a identificar.

En el caso de la candidatura del APRA (Alan García), la evidencia es mixta. Si bien es cierto, el voto por el candidato García está asociado positivamente en 0,37 con el IDH y en 0,14 con el acceso a energía eléctrica, del mismo modo la asociación es positiva con la tasa de ruralidad (0,24) y negativa aunque inexistente (-0,01) con la tasa de acceso vial. Los factores socioeconómicos, aparentemente, no constituyen un patrón que explique el voto aprista. Aunque su votación se ha concentrado en determinadas zonas del país, al parecer estas no obedecen necesariamente a un clivaje entre urbanos-integrados, y rurales-marginales. Precisamente en esta aparente incoherencia puede encontrarse las razones de su éxito electoral. Sin embargo, es una pista de investigación que merece ser tomada en cuenta de manera central en la continuidad de este trabajo.

Cuadro 2. Correlaciones entre el voto por partidos políticos en 2006 y algunas variables socioeconómicas

Partidos	Factor	Correlac.
APRA	IDH	0,37
	RUR	0,24
	ELEC	0,14
	CAR	-0,01
UN	IDH	0,45
	RUR	-0,47
	ELEC	0,36
	CAR	0,25
UPP	IDH	-0,37
	RUR	0,26
	ELEC	-0,15
	CAR	-0,11

Fuente: Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, Instituto Nacional de Estadística e Informática, y Ministerio de Transportes y Comunicaciones. Elaboración propia.

Los patrones de territorialización del respaldo electoral de Unidad Nacional y de UPP parecen estar asociados a la emergencia de un clivaje social entre ciudades costeñas con mejores niveles de vida y el resto del país. Sin embargo, en el caso del APRA, la evidencia no permite determinar un patrón de asentamiento de acuerdo con este clivaje emergente. ¿Existe alguna variable de carácter político que podría explicar la votación por el partido de la estrella y entender su éxito electoral?

Tomando en cuenta las biografías políticas de los dos últimos alcaldes elegidos en los comicios subnacionales de 2002 y de 2006 hemos desarrollado un *Índice de Profesionalización Política* (IPP) de las autoridades elegidas. Este indicador sistematiza el tipo de organización política por la que fue elegido el alcalde provincial (local, regional, nacional y nacional con representación parlamentaria), el nivel de permanencia de la militancia de la autoridad elegida (si con respecto a los últimos años mantuvo la misma adscripción política) y su experiencia política medida en las veces que fue candidato a algún puesto público (desde la reelección como alcalde, hasta experiencias previas como regidores o como candidatos a puestos públicos como congresistas). De acuerdo con diversos pesos asignados, la escala va del 1 al 16. Si una provincia recibe un puntaje alto (16) significa que sus últimas dos autoridades han tenido experiencia política con altos niveles de institucionalización, ya sea por su pertenencia a agrupaciones políticas nacionales con representación parlamentaria o por una permanencia en la misma organización política, o por ambas razones. Cuando el puntaje está por debajo de la mitad (8), se trata de provincias donde sus dos últimas autoridades pertenecen a agrupaciones independientes de carácter local, con escasa experiencia política y volatilidad en sus filiaciones políticas.

Una vez calculado este Índice de Profesionalización Política (IPP), encontramos que esta variable alcanza la correlación más grande con el voto del APRA (-0,69). Es decir, el voto por la candidatura de García en 2006 está asociado con la ausencia de una clase política provincial con experiencia y con cierta inestabilidad en las filiaciones políticas. Ahí donde la clase política es inexperta, volátil en las filiaciones y donde los partidos nacionales (incluyendo el APRA mismo) no han sido efectivos para promover candidaturas a alcaldías con éxito electoral, la candidatura presidencial de Alan García ha sido comparativamente más exitosa que la de sus contrincantes⁷.

La estrategia de territorialización de los partidos políticos nacionales, como hemos visto, ha sido motivada por un paquete de reformas promovidas por los propios actores políticos que han producido una división política que obedece a una combinación de patrones estructurales y estrategias políticas, las que en conjunto determinan las bases que ordenan los alineamientos políticos en el país. El enraizamiento territorial y el respaldo electoral de los partidos responden a una nueva división inexistente antes de la apertura política de 2000. Esta nueva división distingue políticamente las zonas urbanas costeñas del resto del país y tiene un correlato a nivel político: el nivel de profesionalización de las clases políticas locales. Cuando incorporamos al análisis las características de las clases políticas locales (luego del cálculo de su nivel de

⁷ El Índice de Experiencia Política Institucionalizada (IEPI) está asociado en -0,09 con la votación por UPP, y en 0,12 con el respaldo por UN.

profesionalización) encontramos una división política más solvente: el clivaje estructural se modela por estrategias políticas como la aprista que aprovecha las debilidades de las clases políticas provinciales (volátiles, fragmentadas, poco institucionalizadas) como una oportunidad para su éxito electoral. Esta combinación de factores, tanto estructurales como políticos, detrás de las estrategias de subnacionalización como estrategias para responder a las reformas políticas contribuye al debate sobre la formación de clivajes sociales, en los que no solo intervienen factores estructurales, sino que existe una capacidad de la agencia para determinar las divisiones políticas que dan forma a la competencia electoral.

CONCLUSIONES

La literatura existente sobre la formación del sistema de partidos en el Perú ha privilegiado un enfoque estructuralista e histórico institucional bajo el cual los partidos políticos han sido el resultado de clivajes estructurales formados a lo largo de la historia. Este tipo de aproximación no permite identificar procesos políticos más inmediatos en el tiempo y decisiones puntuales de actores que tienen una significativa influencia en la definición de los alineamientos políticos. Incluyendo las perspectivas institucionalista y de la agencia política al análisis del sistema de partidos, hemos podido constatar el papel de reformas políticas democráticas post-transición (la reforma descentralista y la ley de partidos políticos) en la formación de una división política emergente en el país entre Lima y las zonas urbanas costeñas y el resto del país; y de su complementaria modelación a partir de estrategias de determinados partidos (APRA) por tomar ventaja de los niveles de profesionalización de las clases políticas locales. La emergencia de esta división se produce porque las reformas permiten la activación de variables estructurales como son la división entre los ámbitos urbano y rural, los niveles socioeconómicos de vida y la integración vial de las comunidades. Las organizaciones políticas que buscan dominar el nuevo sistema en ciernes se comportan de acuerdo con los patrones delineados por estas variables estructurales, pero no dependen exclusivamente de ellas. Estrategias políticas propias —como la del Partido Aprista buscando asentarse en zonas de bajo nivel de profesionalización política— complementan y terminan modelando políticamente las divisiones políticas en torno a las cuales parece asentarse el nuevo ordenamiento de los actores en el Perú.

El clivaje regional que parece emerger en el país es más matizado que una simple diferenciación entre costa y sierra, ya que no solo depende de las distinciones en torno a las condiciones de vida y tasas de urbanidad, sino a las estrategias políticas de los partidos en la selección de sus cuadros políticos. Pero, sobre todo, es importante

destacar que la emergencia de este clivaje fue impulsada por reformas políticas concretas que han evidenciado una división que antes había sido soslayada o ignorada por explicaciones estructurales que giraban en torno a la variable clase social. Las estructuras y la historia importan, pero los actores tienen capacidad para modelarlas. El nuevo ordenamiento político se configura en torno a electorados urbanos costeros integrados (Unidad Nacional), electorados de ciudades intermedias andinas y zonas rurales (Unión por el Perú), y una combinación de ambos cuando las clases políticas locales no son altamente profesionalizadas (Partido Aprista Peruano). Futuras elecciones corroborarán o no la sedimentación de este nuevo ordenamiento político que sustenta los alineamientos de los actores, tanto partidarios como *outsiders*.

REFERENCIAS

- Bartolini, Stefano & Peter Mair (2007). *Identity, Competition and Electoral Availability. The Stabilization of European Electorates, 1885-1995*. Colchester: ECPR.
- Chhibber, Pradeep K. & Mariano Torcal (1997). Elite Strategy, Social Cleavages, and Party Systems in a New Democracy: Spain. *Comparative Political Studies* 30, pp. 27-54.
- Cotler, Julio (1978). *Clases, Estado y nación en el Perú*. Lima: IEP.
- Cotler, Julio (1988). Los partidos políticos y la democracia en el Perú. En Luis Pásara & Jorge Parodi (editores), *Democracia, sociedad y gobierno en el Perú*. Lima: CEDYS.
- Cotler, Julio (1995). Political parties and the problems of democratic consolidation in Perú. En Scott Mainwaring & Timothy Scully (editores), *Building Democratic Institutions. Party Systems in Latin America*. Stanford: Stanford University Press, pp. 323-353.
- Geddes, Barbara (1994). *Politician's Dilemma. Building State Capacity in Latin America*. Berkeley: University of California Press.
- Kenney, Charles (2003). The death and rebirth of a party system, Perú 1978-2001. *Comparative Political Studies* 36, pp. 1210-1239.
- Kitschelt, Herbert (2007). Party Systems. En Carles Boix & Susan C. Stokes (editores), *The Oxford Handbook of Comparative Politics*. Oxford: Oxford University Press.
- Lipset, Seymour Martin & Stein Rokkan (1967). Cleavage Structures, Party Systems, and Voter Alignments: An Introduction. En Lipset & Rokkan (editores), *Party Systems and Voter Alignments: Cross-National Perspectives*. Nueva York: Free Press, pp. 1-56.
- López, Sinesio (1995). *Perú: partidos, outsiders y poderes fácticos en el golpe y la transición política*. Ponencia presentada al Congreso de la Latin American Studies Association, Washington D.C.

- López, Sinesio (1997). *Ciudadanos reales e imaginarios. Concepciones, desarrollo y mapas de la ciudadanía en el Perú*. Lima: Instituto de Diálogo y Propuestas.
- Lynch, Nicolás (1999). *Una tragedia sin héroes. La derrota de los partidos y el origen de los independientes. Perú 1980-1992*. Lima: Fondo Editorial Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Meléndez, Carlos (2004) ¿Una descentralización sin partidos?: el primer año de gestión del APRA en el gobierno regional de San Martín. *Documento de Trabajo 138*. Lima: IEP.
- Meléndez, Carlos (2006). Partidos y *outsiders*. El proceso electoral peruano de 2006. *Desafíos* 14, pp. 40-68.
- Mainwaring, Scott & Mariano Torcal (2003). The political recrafting of social bases of party competition: Chile 1973-1995. *British Journal of Political Science* 33 (1), pp. 55-84. Cambridge University Press.
- Pachano, Simón (2008). *Descentralización y sistemas subnacionales de partidos en Ecuador*. Mimeo.
- Przeworski, Adam & John Sprague (1986). *Paper Stones: A History of Electoral Socialism*. Chicago: University of Chicago Press.
- Sartori, Giovanni (1969). From the Sociology of Politics to Political Sociology. En Seymour Martin Lipset (editor), *Politics and the Social Sciences*. Oxford: Oxford University Press.
- Tanaka, Martín (1998). *Los espejismos de la democracia. El colapso del sistema de partidos en el Perú, 1980-1995, en perspectiva comparada*. Lima: IEP.
- Tanaka, Martín (2009). *¿En qué falló la ley de partidos y qué debe hacerse al respecto?* Lima: IDEA.
- Tuesta, Fernando (1995). *Sistemas de partidos políticos en el Perú 1978-1995*. Lima: Fundación Friedrich Ebert.
- Tuesta, Fernando (1999). *El juego político. Fujimori, la oposición y las reglas*. Lima: Fundación Friedrich Ebert.
- Valenzuela, Samuel & Timothy Scully (1997). Electoral choices and the Party System in Chile: continuities and changes at the recovery of democracy. *Comparative Politics* 29 (4), pp. 511-527.
- Vergara, Alberto (2007). *Ni amnésicos ni irracionales. Las elecciones peruanas de 2006 en perspectiva histórica*. Lima: Solar.
- Vergara, Alberto (2009). *El choque de los ideales. Reformas institucionales y partidos políticos en el Perú post-fujimorato*. Lima: IDEA.